

¿Reforzamiento del socialismo o regreso al capitalismo?

Carmen Adela López de La Roche

El esfuerzo realizado al despojarse de la camisa de fuerza de un régimen político represivo para abrirse más ampliamente al ejercicio de algunas libertades hasta ahora inexistentes y la apertura hacia nuevas posibilidades de acción surgidas de una autocrítica profunda y de una menor rigidez, implican una mayor madurez en las condiciones de vigencia del sistema económico, un menor facilismo en la práctica pretendida o realmente revolucionaria. Superar los riesgos que antes se esquivaron, asumiéndolos hoy creativa y plenamente, podría contribuir a reforzar y no a debilitar como algunos creen, las posibilidades de aplicación exitosa del socialismo en campos diferentes y más amplios a los actualmente trajinados.

Las recientes señales de cambio observables en la Unión Soviética, el pionero y más importante país del Segundo Mundo o del socialismo, han llevado a algunos a pensar, no sin facilismo y apresuramiento, que presenciaremos un acercamiento o regreso inminente de ese país al capitalismo. Ello implicaría la consiguiente renuncia a algunos supuestos socialistas básicos y la aceptación o reconocimiento del fracaso de ellos como pilares de un sistema histórico diferente por parte de sus conductores. Tal creencia debe ser debidamente analizada.

Aparte de la transparencia o "glasnost" en las actuaciones públicas actualmente preconizada, uno de los indicadores del cambio es la reestructuración o "perestroika". Esta última propicia un cierto acercamiento o apertura descentralizadora hacia algunos mecanismos del mercado y la empresa privada, que sin llegar por supuesto a prescindir de la planificación estatal, sustitutiva en las economías socialistas de la regulación por la vía de la oferta y la demanda predominante en el capitalismo, parecería contribuir a reforzar tal manera de pensar.

Pero además, ocurre que tal circunstancia en el socialismo coincide, en el capitalismo, con el retorno a una vieja ortodoxia que otra vez minimiza el papel del Estado y considera al mercado como regulador supremo de las relaciones económicas. Este viraje doctrinario neo-liberalista ha dejado atrás al keynesianismo de postguerra, —conforme al cual se había justificado teóricamente el comportamiento económico de entonces, incluyendo el llamado "intervencionismo" estatal y la expansión del gasto público— para constituirse en uno de los más re-

cientes productos de consumo económico-ideológico etiquetados por ese sistema.

Sin negar la coincidencia actual de ambos procesos (el del regreso al neoliberalismo y el de autocrítica y reestructuración oficialmente preconizado por quienes real o pretendidamente eran los depositarios del marxismo), parece también indiscutible la presencia de algunos elementos genéticamente diferentes en uno y otro y la existencia de especificidades en el de renovación y cambio socialista que hoy presenciarnos.

La etapa de apertura y auto-crítica del socialismo, que con Gorbachov parece estar abriéndose paso en medio de considerables dificultades, es hoy una posición oficial y como tal no es anatematizada como hace algunos años lo fueran las posiciones doctrinarias "revisionistas" o el eurocomunismo. La nueva actitud permite pensar que se estarían produciendo: a) una renovación del régimen político, vigente con escasas modificaciones durante varias décadas y b) ciertos cambios importantes en el sistema económico, imprescindibles para mejorar su eficiencia práctica. En uno y otro caso los procesos respectivos ocurren dentro del sistema establecido y no implican la sustitución de éste por otro diferente. Algo parecido a lo que ocurrió en su momento con Keynes y con los cambios y reajustes en su momento exigidos por el capitalismo, los cuales permitieron garantizar y optimizar las condiciones de supervivencia, desarrollo y expansión exigidas por ese sistema.

Expresándolo con palabras prestadas al vocabulario "occidental" resultaría, contrariamente a las propias afirmaciones de quienes conducen el

proceso haciéndolo equivalente a una nueva revolución, que se trataría más bien de una reforma del socialismo tendiente a superar sus propias fallas y debilidades, para ajustarse más adecuadamente a la historia. Cabría incluso preguntarse si la actual adjetivación "revolucionaria" del proceso se debe a falta de costumbre en asumir tal actitud crítica, considerando a ésta última como si fuera en sí misma una revolución, o al replanteo de una meta ya antigua y escasamente recordada de revolución permanente en el socialismo que habría de prevenirlo contra el estancamiento.

Si se analizan intrínseca y profundamente los cambios propuestos, podría resultar que ellos no implicaran en verdad tanta radicalización como requieren las verdaderas revoluciones para ser tales. Pareciera más correcto tomarlos como ajustes, absolutamente necesarios por lo demás, en una revolución que corría el riesgo narcisista de esclerotizar las instituciones por ella generadas a fuerza de llamarlas "revolucionarias", pero sin un cuestionamiento profundo y constructivamente crítico de sus verdaderas realizaciones y deficiencias. Desde otro punto de vista y teniendo en cuenta incluso que en este caso la "revolución" no significó realmente un cambio de sistema, la experiencia mexicana, con un partido que desde su propia denominación intentó "institucionalizar" la revolución, parecería confirmar los riesgos casi insuperables que acechan a la verbalización irreflexiva de fórmulas reales o presuntamente avanzadas.

La rigidez, la inflexibilidad y el dogmatismo fueron características de un cierto tipo de realización histórica del socialismo que se proyectaron incluso hasta el terreno creativo de las artes y las letras. Se trató de establecerlas como parte de la ortodoxia y como elementos constitutivos de la cris-



talización (y en cuanto tal endurecida e inelástica forma de comportamiento socio-político) de un proyecto que en su origen y esencia tuvo un carácter eminentemente humanístico. El poder político y el ejercicio dictatorial de éste no solamente desnaturalizaron su contenido fundamental, sino que entorpecieron también las posibilidades de ajuste al contexto cambiante de sociedades diferentes, haciéndolas cada vez menores bajo la influencia de los patrones impuestos por el socialismo soviético.

El capitalismo pudo entonces atemorizar, tanto a los intelectuales como a las masas (aun cuando estas últimas fueran en última instancia las principales beneficiarias de un cambio radical), con justificaciones provenientes en parte de la propia forma como el socialismo se aplicaba en la experiencia soviética establecida como principal modelo. Considerando expresa o tácitamente a este último con el socialismo realizado históricamente, surgió una secuela inevitable de limitaciones. No fue precisamente la menor de ellas, en la práctica, la nega-

ción de la propia dialéctica que, como motor de la evolución social, era capaz de expresar la síntesis de fuerzas contrarias en diversas y múltiples manifestaciones.

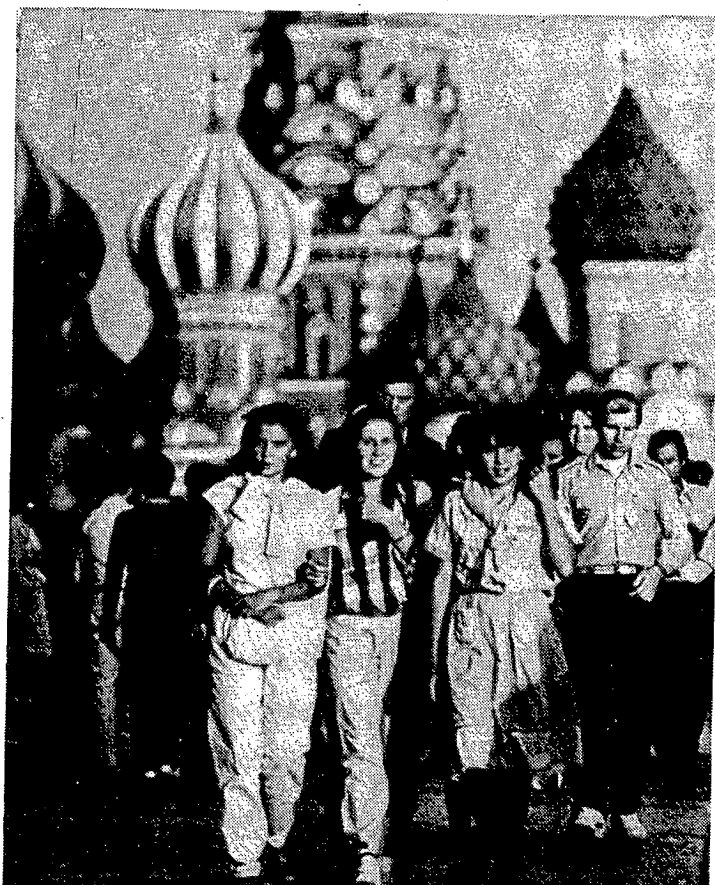
Es evidente que el capitalismo ha demostrado, a lo largo de su existencia, una mayor capacidad de adaptación y regeneración que el socialismo. Su desaparición, considerada como casi inminente por los teóricos que lo adversaban, ha tardado mucho más que los pocos años o décadas que aquellos le asignaron para marcar el fin de su existencia concreta; la vitalidad del sistema pareciera incluso haber salido airoso tras diversas fases de crisis que ha debido superar, pese a los reacomodos en las posiciones centrales, periféricas y semi-periféricas identificables y a los comportamientos respectivamente asumidos.

En cambio el socialismo en el lapso mucho más corto de su vida histórica, había mostrado hasta ahora escasa capacidad de adaptación, considerable resistencia a los cambios y una tendencia hacia formas políticas eminentemente conservadoras, reacias a la introducción de cambios y modificaciones. El humanismo socialista de la teoría llegó a transformarse en dictadura, cualesquiera fuesen los fines que la justificasen, a envolver su comportamiento social en la forma política de regímenes altamente represivos y a intentar preservarlos como verdades absolutas con grave riesgo de sus posibilidades de evolución hacia formas más avanzadas de concreción. Algo parecido a lo ocurrido cuando el cristianismo salió de las catacumbas y adquirió poder político al convertirse en religión oficial, similitud que puede llevar a comparar la actitud de los actuales oponentes a los cambios dentro del socialismo con la posición tradicionalista del obispo Lefebvre ante algunas medidas de "aggiornamento" tomadas por la Iglesia Católica.

La fase actual del socialismo sovié-

tico, como parte integral de un proceso histórico de superación y perfeccionamiento del sistema que se había tratado de contener y reprimir hasta el presente, presupone en verdad mucho más una reconciliación de su praxis con algunas exigencias teóricas del marxismo (aún no concretadas o distorsionadas en su aplicación concreta) que un cambio de sistema por la reversión del socialismo al capitalismo. Aun cuando no parezca absoluta y plenamente descartable la posibilidad teórica de que ello ocurra, los indicadores aportados por la realidad no parecen confirmarla en el orden práctico ni existe hasta el ahora ningún precedente histórico de ella. No parece realista por lo tanto anticipar el desenlace del proceso como si se tratase de un camino de regreso al capitalismo. Esta posibilidad, sin duda menos remota en el caso de países recién socializados o de socialismo reciente, no aparece como concreción real ni siquiera en casos como el chileno al advenimiento del régimen político de Pinochet: el sistema económico no había cambiado con el advenimiento al poder político de la Unidad Popular; por lo tanto, con el régimen militar instaurado desde 1973 no hubo reversión del sistema socialista al capitalista sino que se eliminaron algunos cambios dentro de éste que habían comenzado a producirse incluso antes de Allende, reinsertándose la economía chilena en la órbita experimental de los dogmas económicamente predominantes en el capitalismo central.

Quizás la verdadera interrogante respecto a la posibilidad de reversión pueda plantearse más bien con respecto a China: la introducción de medidas de mercado y la apertura indiscriminada a las empresas transnacionales que se ha producido en el socialismo de ese país podría ser mucho



más riesgosa para el sistema económico que las exigencias democráticas respecto al régimen político que reclaman los estudiantes, con intensidad y apoyo popular inusitado, a partir de la visita de Gorbachov.

Es indudable, sin embargo, que las consecuencias finales del proceso actual no aparecen completamente claras y definidas. La necesidad de cambio que actualmente se plantea dentro del socialismo demuestra que la dinámica histórica nunca pudo forzarse a caber completamente en un marco burocrático rígido, excluyente de ciertos cambios significativos como contrarios a la ortodoxia vigente, ni conformarse con el ejercicio mecánico del poder. La realidad histórica, por haber generado un sistema diferente al capitalismo, no elimina el riesgo de que el nuevo pueda haber llegado a convertirse, por su inflexibilidad, en un producto ahora anticuado y escasamente actual, que deba entonces ceder el paso a manifestaciones de mayor riqueza e inventiva social que pugna por expresarse.

El esfuerzo realizado al despojarse

de la camisa de fuerza de un régimen político represivo para abrirse más ampliamente al ejercicio de algunas libertades hasta ahora inexistentes y la apertura hacia nuevas posibilidades de acción surgidas de una autocrítica profunda y de una menor rigidez, implican una mayor madurez en las condiciones de vigencia del sistema económico, un menor facilismo en la práctica pretendida o realmente revolucionaria. Superar los riesgos que antes se esquivaron, asumiéndolos hoy creativa y plenamente, podría contribuir a reforzar y no a debilitar como algunos creen, las posibilidades de aplicación exitosa del socialismo en campos diferentes y más amplios a los actualmente trajinados.

Si el capitalismo ha aprovechado ventajosamente, mucho más por temor que por deseo de imitación, algunas enseñanzas del socialismo (v.g. en el mejoramiento de las condiciones laborales y en el impulso a ciertas formas de empresa pública) tal vez pudiera estar llegando el momento de que ocurriera dentro de este último algo similar para corregir innegables debilidades socialistas. Estas son constatables, por ejemplo, en la esfera de la circulación, la cual algunos estudiosos insertan dentro de las relaciones económicas globales del capitalismo, considerándolo como único sistema económico verdaderamente mundial. Sería incluso posible, aproximando la terminología del capitalismo a la del socialismo, hablar de reformas al socialismo con ciertas connotaciones malignamente gatopardianas. Pero ni siquiera en tal caso parece correcto afirmar que el socialismo está desapareciendo, como tampoco ha ocurrido con el capitalismo pese a las transformaciones que ha experimentado desde sus orígenes.